

Festival Nacional de Teatro: Córdoba '85

Beatriz Seibel

Del 8 al 16 de noviembre, algo más de un año después del I Festival Latinoamericano, los cordobeses nos convocaron con una nueva fiesta. Esta vez a nivel nacional; el país fue dividido en 9 zonas, que concurrieron con uno o más espectáculos. Fue una buena oportunidad de tomar contacto entre gente de teatro que trabaja en lugares muy alejados entre sí, y conocer parte de la actividad escénica de nuestro país, quebrando la incomunicación y la soledad de los creadores de provincias. La organización del festival fue óptima, y la gente de Córdoba mostró que era capaz de superarse ampliamente, recogiendo la experiencia anterior y logrando un excelente equipo de colaboradores. No sólo hubo Muestra de espectáculos, sino también Talleres prácticos de dirección teatral, dramaturgia, escenografía, mimo, títeres, actuación, etc., a cargo de destacados especialistas; y un Congreso Nacional de Teatro, donde se debatieron importantes temas a nivel teórico. Los proyectos de Ley de Teatro; la responsabilidad del estado frente a la profesión teatral, incluyendo la parte educación; el rol del hecho teatral en la cultura nacional y las recomendaciones para futuros festivales, fueron entusiastamente discutidos y las conclusiones expuestas y difundidas posteriormente.

Si el rol esencial del teatro es "expresar, desde su transgresión, a la pluralidad cultural de la Nación," según las conclusiones de la Mesa C, esto se está cumpliendo y pudo detectarse en el Festival. Diferentes niveles técnicos y propuestas estéticas o vitales convivieron en la Muestra. *Agüita fresca*, tituló el diario *La Voz del Interior* de Córdoba, a la presentación del Grupo Jujeño de Teatro con *Manta de plumas*, adaptación de la leyenda japonesa de La Grulla crepuscular de Kinoshita, al ambiente y el espíritu de la cultura puneña. Una lograda realización, que el mismo crítico denominó como "un clima de realismo mágico," y que contrapuso a la controvertida presentación de un enigmático espectáculo experimental proveniente de la Capital Federal, del autor Emeterio Cerro. Los contrastes continuaron: *Delincuentes comunes*, creación colectiva sobre algunos textos de Gorki, Whitman, Gabriela Mistral, Rabelais o Tennessee Williams, fue una exquisita y conmovedora creación en la Sala La Cochera, un verdadero garage donde se utiliza todo como espacio

escénico; el baño, una ventana, un techo, y donde, al decir de los actores, “se consume un kilo de manzanas por función, se cocina salsa, se canta a capella, se brinda, se zapatea, se cacarea, se come chicle, se comprueba que el cielo ya no está, que detrás del muro hay un hombre, que Bárbara Mijailovna no entiende nada de la vida, que encontrarás al amigo que buscas etc.” Paco Giménez, su director, cordobés que volvió de su exilio en México, actúa con cinco intérpretes más en esta maravilla de imaginación, humor y poesía imposible de describir; un teatro de imágenes que golpea fuerte. El contraste está dado por ejemplo con *Miremos a la vida*, del Teatro de la Tercera Edad de Catamarca, el Grupo Vida, con nueve intérpretes de edad promedio de 60 años, que dramatizaron en una creación colectiva distintas situaciones de su cotidianidad con ironía y humor. Lo que faltó de dominio de las técnicas teatrales fue suplido con creces por la entrega y la emotividad de las situaciones. Héctor Pianetti, uno de los directores del grupo, señaló que la actividad teatral había cambiado el “proyecto de vida” de su gente; una muy válida experiencia, conmovedora de presenciar.

Desde Rosario, Provincia de Santa Fe, vino la cuarta versión de *Inodoro Pereyra, el renegau*, basada en la tira cómica de Roberto Fontanarrosa, de amplia difusión en nuestro país. El Grupo Litoral estrenó la primera versión “en blanco y negro” en 1977, y desde entonces ha continuado su trabajo en giras, con excelentes críticas y repercusión de público. Un espectáculo gratificante, donde se mezclan diversas técnicas, el mimo, el diálogo, las máscaras y muñecos, la música, para corporizar a Inodoro—un gaucho tradicional que se burla de las tradiciones—más, su perro parlante Mendieta, más otros personajes como los indios mapuches, etc. La puesta de Norberto Campos—que también interpreta a Mendieta—nos da en escena esas fantásticas imágenes de seres de historieta, confundidos en una mezcla de fantasía y realidad.

Del sur, más exactamente de General Roca, Provincia de Río Negro, vino Luisa Calcumil, actriz mapuche, que trajo *Más que sola*, un texto unipersonal de Maite Aranzábal. Cuenta la historia de una empleada doméstica, alcoholizada, que recuerda en su delirio a sus dos hijos; uno desaparecido en 1978, y otro, muerto en la guerra de las Malvinas. Magnífica actriz y directora de su propia puesta, Luisa Calcumil muestra un desgarrador mensaje, en una ficción que evoca nuestra realidad de los últimos años, donde a la opresión económica se sumó la represión y la falta de respeto por la vida.

También del sur, *La otra conquista*, de Coral Aguirre, presentada por el Grupo Experimental de Teatro Laboratorio de Bahía Blanca, Provincia de Buenos Aires, narra la tragedia del genocidio de aborígenes mapuches, durante la conquista del “desierto” del siglo pasado. Una revisión histórica emprendida por descendientes de inmigrantes, que buscan en el pasado la explicación del presente. La historia vuelve a ser protagonista en *Hacha y quebracho* de Raúl Dargoltz, investigador y hombre de teatro, que en la obra resume el trágico pasado de Santiago del Estero, “madre de ciudades,” con la brutal explotación del tanino que hiciera La Forestal, entre otras crisis. El grupo Mi Teatro, dirigido por Amado Nassif, además docente y actor, y el mismo autor, ha hecho este espectáculo en giras con la emotiva participación del público, que reconoce su propia historia.

Chaque el agua, creación colectiva del Teatro Vocacional de Villa Angela, de la Provincia del Chaco, con la dirección de Carlos Canto, evoca el drama de las inundaciones. Ha querido rendir su homenaje a los "gringos," los inmigrantes que lucharon codo a codo con los criollos para sobrevivir en las más duras condiciones, junto con los sometidos aborígenes. Villa Angela es una ciudad de 30.000 habitantes, donde no hay escuelas teatrales, y el entusiasmo es el principal motor de espectáculos como éste, que tienen mayor valor por las dificultades de realización que han debido enfrentar. Desde Rafaela, Provincia de Sante Fe, vino *Adiós, adiós, Ludovica* de Rafael Balbi, autor local. Los recuerdos de una anciana que recupera la casi desconocida epopeya de la colonización piemontesa en la zona, mientras muere en una chacra en las afueras del pueblo, son evocados por el grupo de teatro del Centro Ciudad de Rafaela, que tiene más de 50 años de actividad, y una estupenda sala teatral construída por el esfuerzo comunitario.

Angelino, versión de Oscar Kummel sobre la obra de Pedro Asquini, por el grupo Mimos de Drum de San Juan, es un bello espectáculo, valga la paradoja, que describe las desventuras del protagonista—similar a los arquetipos de la comedia del arte—frente a una sociedad dura y agresiva. Una notable pantomima, procedente de una ciudad sin demasiada actividad teatral, que admira por su lograda realización.

De la Capital Federal, *El heroico Bairoletto*, presentado por el grupo Teatro de la Libertad que dirige Enrique Dacal, en el Patio de la Escuela Olmos, mostró historia de un bandido romántico con amplia participación del público. Este grupo de teatro callejero, que en Buenos Aires hace sus funciones en distintos parques y plazas de la ciudad, tiene un estilo inconfundible de mucha repercusión.

Finalmente, *La infancia de Hitler*, de Niklas Radström, que nos trajo el Teatro Popular Latinoamericano de Estocolmo, Suecia, formado por un grupo de emigrados dirigido por un argentino, Hugo Alvarez, que reside allí desde 1974. El grupo ha realizado numerosas puestas, y con esta última ha venido a realizar una gira por Perú, Uruguay y Argentina, dirigiéndose finalmente a Chile. El tema del autoritarismo paterno que el poeta Radström expone en su obra, es objeto de una dirección escénica imaginativa y bella por parte de Alvarez, en una pieza con la cual es imposible no solidarizarse, y que a nosotros nos recuerda tiempos cercanos.

Hubo muchos otros espectáculos en el Festival, diez en la Muestra Oficial y catorce en la Paralela, más los programas de la Unión de Marionetistas de la Argentina, más los programas en espacios no convencionales, en parques, calles, al aire libre en los barrios; más exposiciones y grupos de teatro cordobés adheridos al Festival. En la Muestra Paralela hubo varias reposiciones de obras estrenadas originalmente en la Capital Federal, con buenas versiones hechas en provincias, como *Marathon* de Monti, por el Taller Municipal de Córdoba, *Chau Misterix* de Mauricio Kartum, por el Teatro de Hoy de Tucumán, o *La bicicleta* de Walter Operto, por el Grupo La Tramoya de Córdoba. El Taller de la Comedia Cordobesa presentó una versión de *Acreeedores* de Ibsen, donde Jorge Petraglia destacó sus excelencias como actor y su fina ironía.

En suma: una pujante actividad teatral en provincias con diferentes

niveles técnicos, con distintos objetivos, donde después de dos años de democracia recién vemos desplegarse un “apostar a la vida,” desde el revisionismo al reencuentro con historias olvidadas, desde la revalorización de las pequeñas y delicadas cotidianidades, hasta la crítica social o el despliegue de la imaginación sin censuras ni autolimitaciones. Todo esto nos fue permitido por el Festival de Teatro de Córdoba, más las sobremesas con batucada en el Patio de la Escuela Olmos, donde todos los participantes compartíamos las comidas, con Pascal, el mimo salteño, dirigiendo la orquesta y coro con su flauta y su voz; más los interminables debates en el Café del Teatrito, o el baile con los típicos cuartetos cordobeses en La Nueva Trova. Un reencuentro humano también, después de muchos años de dispersión por los caminos, con gente como Roberto Espina, ahora radicado en Chile, o Walter Operto, que ahora vive en Reconquista, Sante Fe, o el autor Oscar Quiroga, que actualmente dirige el Teatro San Martín de la Provincia de Tucumán. Y más allá de todo Festival, en el lejano Barrio San Vicente, sin que nadie reparara en él, el Circo Teatro Argentino daba todas las noches su función: primera parte con magos, trapevistas, caballitos amaestrados; y segunda parte con teatro. El domingo: *La vuelta de Hormiga Negra*, una obra gauchesca tradicional argentina. Y no lejos del centro, en la emisora LV2, Ana María Alfaro, viuda del roconocido hombre del radioteatro cordobés, Jaime Kloner, emite ahora su audición de música y noticias, mientras recuerda otros tiempos. “Cuando hicimos *Juan Moreira* en el estadio de Instituto (principal club de fútbol de Córdoba) fue nuestra primera experiencia en una cancha. Pusimos cuatro escenarios, con un desfile de gauchos a caballo y en sulky, con banderas, para abrir el espectáculo. Hicimos lleno completo. A lo largo de nuestra carrera, cubrimos todos los lugares donde se puede trabajar: levantamos un escenario sobre un fardo de alfalfa en Santa Fe, sobre un acoplado de camión, o actuamos en los grandes teatros. También hicimos funciones en los circos, grandes y chicos, con primera y segunda parte.” Daniel Torres, 37 años, que compartiera las vicisitudes de la compañía, agrega: “Yo continúo trabajando, aunque sin transmitir por radio actualmente. Tengo que hacer el teatro *bárbaro* como lo llamás vos, ir a los barrios, ir a los pueblos, meterme en caminos de barro, porque no puedo darme el lujo de hacer teatro para 50 personas; tengo una familia que mantener. Yo tengo que hacer teatro *bárbaro* para poder vivir.”¹ Daniel Torres sigue por los caminos. Y el teatro argentino con sus múltiples expresiones, por los suyos.

Buenos Aires

Nota

1. El actor se refiere a mi libro *El teatro bárbaro del interior* (Buenos Aires: Ediciones de la Pluma, 1985). (Testimonios de circo criollo y radioteatro.)